

El Sol de México

MEXICO, D.F., Sábado 14 de Noviembre de 1981

Tres Periodistas

CAYERON ABRAZADOS A SU RESPONSABILIDAD

Por Luis SUAREZ

ANTEAYER, 12 de noviembre, fue una fecha triplemente luctuosa para el periodismo latinoamericano. La muerte separada y simultánea, por esos caprichos ineluctables del destino, de tres colegas de diversos origen y una misma vocación democrática en nuestra profesión, es coyuntura para algunas consideraciones sobre el período, nada fácil para estos tiempos, cuando los periodistas no soslayan las responsabilidades que nacen en las complicaciones. Es decir, la complejidad de las situaciones y la importancia de muchas cosas fundamentales que están en juego, hacen cada vez más difícil que el periodista, aún dentro de la objetividad que debe prevalecer en su trabajo —salvo cuando se trata precisamente de trabajos de opinión como sucede con estas páginas— aparezca como algo inocuo, indiferente y neutralista en aquello que más directamente le concierne. El periodismo, y ésto parece comprenderlo y practicarlo cada vez mejor y un mayor número de editores es hoy una de las formas esenciales de la formación educativa del gran público. Cada día menos se ejerce como una simple forma de la comunicación, siendo indeclinablemente comunicativo; pero no una mera máquina transmisora. No son pocos hoy los periodistas que entienden así su misión. Y de ahí la creciente responsabilidad de los medios de comunicación, de los editores y de los periodistas. Responsabilidad inseparable, por lo demás, de las del ciudadano, en un área específica del trabajo productivo que tiene que ver con la discusión, la información y el manejo de las ideas. A este tipo de periodistas pertenecían los tres caídos el 12 de noviembre del año pasado.

Genaro Carnero Checa, ese fogoso peruano de clarividencia y equilibrio, sin embargo —pues su fuego existía no para

causar ceguera, sino para alumbrar sin mengüe del equilibrio en medio de las realidades—, que pertenecía al mismo México que recibió sus cenizas, fue durante un cuarto de siglo incansable propugnador por una Federación Latinoamericana de Periodistas. Esa es la actual FFLAP, al fin montada con el concurso naturalmente, de otros muchos periodistas y organizaciones periodísticas, pero donde Carnero Checa siempre era el aglutinante y el menos desfallecido en la perseverancia. Hace muchos años que trabajó en el periodismo mexicano, siendo un exiliado de su patria. Volvió a ella, ya aquí matrimoniado y con hijos mexicanos, para conocer un tiempo la cárcel al enfrentarse a las formas dictatoriales dentro de las cuales es, en efecto, tan difícil ejercer el periodismo y la vida. Volvió aquí, para siempre ya, pero conviviendo con la ilusión que lo mantuvo en vilo: la FFLAP y un periodismo solidario, humano, democrático, comprometido. Ilusiones que conoció como realidades en lo que de todos modos es un proceso inacabado, viviente y por lo tanto contradictorio, con las bajas y las altas que el mismo Genaro registraba en su salud también comprometida con su existencia colectiva.

Así vivió también el otro, el argentino Rodolfo Puigrós, cuyos comentarios internacionales en un diario de esta capital, daban lucidez al entendimiento de la complicada situación mundial. Volvió a su país, ligado a la corriente más popular del peronismo. El periodista Puigrós fue así el rector Puigrós, de la Universidad Nacional de Buenos Aires, a la que le añadió el calificativo de popular. Derrumbadas las posibilidades en la Argentina, con el regreso de la mano militar a los asuntos del gobierno, de la cultura y de la existencia de la vida misma, Rodolfo Puigrós regresó a nuestro país adonde han convergido tantos latino-

americanos que hacen honor a esta significación mexicana de puertas abiertas y espacio propicio a la creación. En el exilio mantuvo sin agotarla esa vena de su rebeldía latente en los trabajos periodísticos y docentes. Salió de aquí y por azar del destino murió en La Habana, en el curso de un viaje. En México están sus restos, en torno de los cuales sus paisanos y amigos mexicanos y latinoamericanos, habrán dicho este mediodía esas palabras de los adioses reiterados para quienes no quisieran verlo irse.

El tercero, Mario Zapata, nacido español con el nombre de Antonio Pérez, usó el pseudónimo para mandar con menos compromiso sus excelentes crónicas de la situación española en los últimos años del franquismo. De este régimen había conocido, como su esposa, largos años de cárcel. Sabía bien de qué escribir y cómo escribirlo, con su excelente calidad de análisis de fenómenos españoles, mexicanos, latinoamericanos y mundiales. Naturalmente, sus análisis podían discutirse. Pero había en ellos una materia lúcida para poderlo hacer. El mismo, imaginativo y científico, era un discutidor. Dio al periodismo de nuestro país ese trasfondo del análisis sin el cual es imposible concordar o discrepar. Lo practicó por TV, en el canal 11, donde el espacio le obligaba a ser más informativo —sin abandono de la propia tesis e interpretación— y en anchas páginas cotidianas. Un día salió aparentemente bien de una reconocimiento médico, y ya traspuesto el umbral del hospital, cayó muerto en la calle, lugar que es tan frecuentemente la cuna y la tumba del periodista.

Genaro, Rodolfo, Mario, tres nombres cualquiera, pero tres nombres de periodistas caídos en la faena, como otros caen ante las balas con el mismo ardor por el trabajo y la vida.